

historia medieval



anales de la universidad de alicante 13

Departamento de Historia Medieval / N° 13 / 2000-2002

Depósito legal: A-477-1984

ISSN: 0212-2480

Fotocomposición e impresión:
COMPOBELL S.L. MURCIA

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

**Estos créditos pertenecen a la edición impresa
de la obra**

Edición electrónica:



ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE

HISTORIA MEDIEVAL

Director: José HINOJOSA MONTALVO

Coordinador del número: Juan Antonio BARRIO BARRIO

Comité de Redacción:

Juan Antonio BARRIO BARRIO
José Vicente CABEZUELO PLIEGO
José HINOJOSA MONTALVO
Pedro Carlos PICATOSTE NAVARRO

Comité Científico:

María Teresa FERRER i MALLOL
Manuel GONZÁLEZ JIMÉNEZ
David IGUAL LUIS
Juan Francisco JIMÉNEZ ALCÁZAR
Miguel Ángel LADERO QUESADA
Ángel Luis MOLINA MOLINA
Germán NAVARRO ESPINACH
Flocel SABATÉ I CURULL
Esteban SARASA SÁNCHEZ
Yon TOV ASSIS

SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE ALICANTE

**ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE ALICANTE
HISTORIA MEDIEVAL**

Margarita C. Torre Sevilla-Quiñones de León

El linaje del Cid

Índice

Portada

Créditos

El linaje del Cid..... 6

Notas..... 38

El linaje del Cid

Margarita C. Torre Sevilla-Quiñones de León
Área de Historia Medieval
Universidad de León

Sin duda uno de los aspectos más controvertidos y fascinantes del *Poema de Mío Cid* es la posibilidad de entrever, bajo las palabras dibujadas por la memoria del juglar, los auténticos personajes que desfilan por sus versos, la verdad histórica que late en algunos nombres, situaciones o títulos.

De las decenas de artículos, libros, ponencias, comunicaciones que han nacido como respuesta a alguno de los múltiples interrogantes que la historia de Rodrigo Díaz de Vivar plantea a los investigadores, no pocas se han dedicado a desenmarañar la compleja red familiar que presenta el poeta en la que odios de Beni Gómez, celos y envidias de Ordóñez tiñen con

El linaje del Cid

su colorido las hazañas bélicas de un caballero destacado de frontera.

Desde los primeros versos del Cantar advertimos que nos encontramos ante dos bandos claramente enfrentados: uno encabezado por Mío Cid y en cuyas filas se cuentan Alvar Fáñez, Alvar Salvadores, Alvar Álvarez, Galindo García, Pedro Vermúdez, Munio Gustios —mejor Godestéiz—, Martín Muñoz, Martín Antolínez y Feles Muñoz, sin olvidar, por supuesto, a la propia esposa del héroe; y otro en el que se engloba a los personajes antagonistas del caballero y que, a menudo, aparece bajo el epígrafe genérico de «...*los del bando de infantes de Carrión...*» (**nota 1**).

Este segundo grupo nobiliario recoge a magnates de la primera aristocracia del reino como el conde de Nájera García Ordóñez, Alvar Díaz de Oca, los así llamados infantes de Carrión Diego y Fernando González, su hermano Ansur, el teórico padre de los tres: Gonzalo Ansúrez, y, finalmente, Gómez Peláez que planta cara al propio Alvar Fáñez durante las cortes toledanas (**nota 2**). Se percibe una escisión clara, desde la perspectiva del Poema, en el grupo de caballeros afectos al rey Alfonso VI que, en el fondo, responde a una realidad heredada de los tiempos del padre del monarca: Fernando I, fiel reflejo de más de cien años de enfrentamientos

y tensiones entre los soberanos leoneses y la nobleza condal **(nota 3)**.

Por ello, si sumamos a las dificultades intrínsecas de cualquier reconstrucción genealógica, la recomposición de una línea nobiliaria coetánea a estos momentos de cambio coincidentes con los años correspondientes al segundo tercio del s. XI, nos encontramos, como acontece en el caso del Campeador, con numerosas dudas, lagunas y algunos errores.

La mayoría de estos silencios y confusiones proceden de la misma metodología reconstructiva tendente siempre a rastrear los ancestros de una estirpe en el sector territorial sobre la que ésta se documenta en el momento de comenzar la investigación. Es decir si buscamos los antecesores de Rodrigo Díaz *el Castellano* nos centraremos única y exclusivamente en la frontera oriental del antiguo Reino de León **(nota 4)**.

Esta dinámica de investigación condenará al fracaso cualquier tentativa ya que es una constante a partir de la entronización de Fernando I la movilidad nobiliaria, especialmente si nos enfrentamos a una rama segundona desgajada de un tronco magnaticio. Tal es el caso del linaje cidiano al que trataremos de aproximarnos en las páginas siguientes pero, para ello, deberemos regresar antes a la década de los años treinta de la undécima centuria.

El linaje del Cid

Es bien sabido que el azar, la suerte o el destino convirtieron al segundogénito de Sancho III Garcés primero en conde de Castilla, más tarde rey y heredero de León tras la muerte en combate de su cuñado Vermudo III en la batalla de Tamarón (1037).

Los años turbulentos del último representante de la dinastía asturleonera contribuyeron a crear un ambiente enrarecido en el que la primera aristocracia del territorio del noroeste peninsular buscaba recuperar las cotas de poder perdidas en los reinados anteriores, por lo que el periodo de gobierno de Vermudo III sirvió para dividir aún más los intereses y pretensiones de la élite social leonesa.

No pocos magnates pasaron al servicio de Fernando I cuando todavía gobernaba en las tierras castellanas, es decir, antes de Tamarón, y muchos más los que optaron por militar en ambos bandos: el leonés y el de este infante navarro señor de Castilla pues, de esta forma, siempre la estirpe sobreviviría a los peligros de una guerra como la que se preveía tendría lugar en breve y que resultaría fatídica si el linaje se equivocaba de partido ya que necesitaría al menos una generación o dos para retornar al favor regio. Así había quedado patente a lo largo de la décima centuria, quizás el momento de ma-

yores tensiones y cambios en las relaciones siempre tirantes entre la aristocracia y el trono.

Durante este primer tercio del siglo XI, superada la etapa de influencia de la nobleza gallega, cuatro eran las familias más poderosas del noroeste hispano: los Flaínez, descendientes de una dinastía condal que se remontaba a tiempos de Ramiro II de León y emparentados con la estirpe regia leonesa y navarra, los Beni Gómez, señores semiindependientes de las tierras comprendidas entre el Cea y el Pisuerga, entre la Liébana y el Duero, los Alfonso relacionados por estrechos lazos de parentesco con los anteriores, y, finalmente, los Ordóñez de Asturias, cercanos al trono, tal vez incluso demasiado **(nota 5)**.

Por lo que respecta al sector oriental del reino, a las tierras castellanas, allí comienzan a gestarse algunas de las Casas más prestigiosas e influyentes de la plena y baja Edad Media entre las que, sin duda, destacará la de Lara, unida por sólidos vínculos de sangre con el resto de los señores de la frontera.

Cuando D. Ramón Menéndez Pidal ofreció al mundo académico su excelente estudio sobre el héroe de Vivar y su entorno titulado *La España del Cid* **(nota 6)**, *recopiló todas las referencias documentales hasta entonces disponibles sobre el*

El linaje del Cid

personaje, ancestros y consanguíneos partiendo siempre de dos fuentes a su juicio esenciales y no carentes de veracidad: el Poema y la Historia Roderici, sin olvidar la documentación castellana.

En su opinión, y desde su autoridad aún no superada, resultaba extremadamente complejo recomponer el esquema genealógico del Campeador, por cuyas venas corría la sangre de Diego Flaínez, un infanzón de oscuro origen, y la del magnate Rodrigo Álvarez, su abuelo materno, tenente de diversos territorios como Luna, Mormojón, Moradillo, Cellorigo y Curiel (nota 7).

La validez otorgada por todos los estudiosos cidianos a la *Gesta Roderici Campidocti*, más conocida como *Historia Roderici* (nota 8), en lo tocante a las referencias familiares del caballero burgalés, nos presenta un magnífico punto de partida que servirá para apuntalar la hipótesis que deseamos ofrecer.

Afirmaba Menéndez-Pidal, a propósito de la estirpe del protagonista del Cantar de Mío Cid, que:

«...La ascendencia de Diego Laínez era, pues, muy venerable, aunque no de primera nobleza. Su padre, Laín Núñez, figura bastante en la corte de Fernando I; pero Diego Laínez debía de llevar una vida muy retirada en Vivar, o, por lo menos, alejada de

la corte, pues no hallo su nombre entre los personajes del séquito del monarca en los diplomas reales...» (nota 9).

Es más, en la documentación coetánea, sólo hallamos al padre de Rodrigo Díaz en un original de 1047 otorgado por Nuño Álvarez y su mujer Goto a favor de San Pedro de Cardeña, pergamino de carácter familiar ya que tradicionalmente se ha mantenido que los donantes son los tíos abuelos del Campeador, Siempre y cuando se siga manteniendo como válida la *Historia Roderici* (nota 10).

De esta manera, conservando el razonable argumento de Don Ramón, Rodrigo Álvarez, abuelo del Cid, resulta ser hermano de cuatro magnates castellanos confirmantes asiduos de la documentación coetánea: Nuño Álvarez, Diego Álvarez, Fortún Álvarez y Gonzalo Álvarez (nota 11).

No es frecuente encontrar registrado el nombre de Rodrigo junto al de sus familiares aunque en algunos diplomas reales así aparece como en 1038 cuando confirma después de Don Nuño Álvarez, de *alio* Nuño Álvarez y antes de Gonzalo, Fortún y Diego Álvarez, precediendo además a diversos miembros de la estirpe Flaínez (nota 12).

En 1039, de nuevo en otro original, reaparece este personaje, Rodrigo Álvarez, junto a varios condes y a caballeros Flaínez (nota 13).

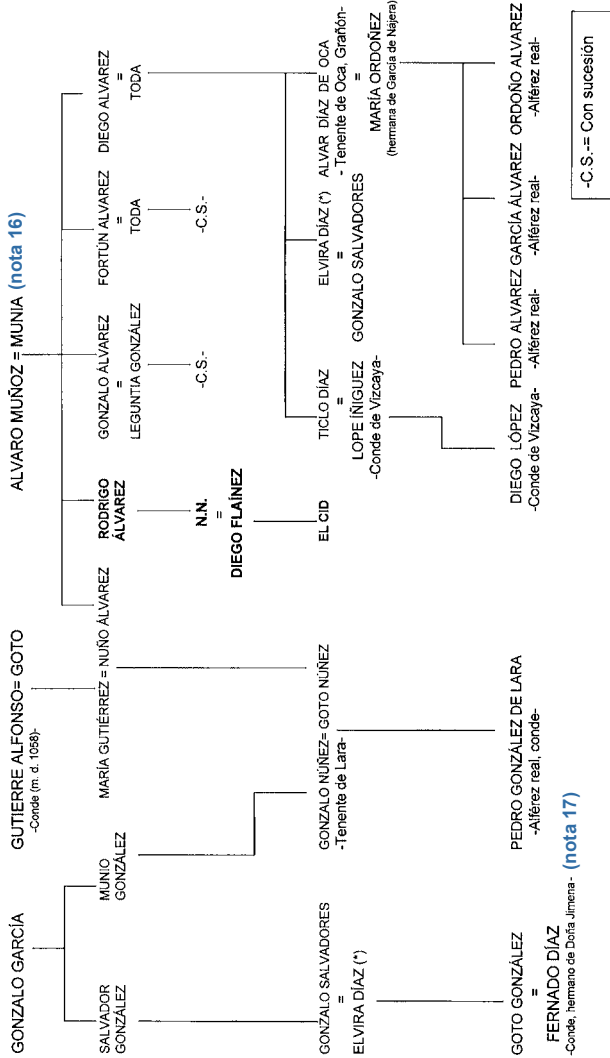
El linaje del Cid

Debió fallecer poco después ya que, ocupando su lugar entre los Álvarez, comienzan a roborar Alvar Rodríguez y Fernando Rodríguez, a quienes intuimos hijos del difunto magnate pues siempre aparecen arropados entre los miembros supervivientes de este linaje de frontera (**nota 14**).

Así, tal y como apuntó Menéndez-Pidal, la madre del Cid pertenecía a una elevada familia castellana.

Fruto de recientes investigaciones podemos hoy ofrecer un esquema genealógico de estos parientes de Rodrigo Díaz de Vivar (**nota 15**).

Esquema genealógico I: los parientes maternos del Cid



El linaje del Cid

Constatamos cómo entre ellos se encuentran algunos de los principales personajes de la primera nobleza de Castilla, señal inequívoca de que el Campeador ciertamente procedía de *nobiliori genere*.

Familia del caballero de Vivar resultan ser el conde Gonzalo Salvadores, muerto en la batalla de Rueda (1083), tenente de Castilla ([nota 18](#)), el conde de Vizcaya, Álava y Guipúzcoa, el tenente de Lara, Gonzalo Núñez, tronco de esta familia castellana, y Álvar Díaz de Oca, de quien la épica nos ofrece algunas noticias, que además es cuñado de García Ordóñez de Nájera, el adversario tradicional del Cid.

Completan este panorama los miembros más jóvenes todos ellos merecedores de la dignidad palatina de alférez real incluso en los momentos inmediatamente posteriores a la triste jornada de Sagrajas y que nos llevan hasta Uclés, de tal manera que la hueste leonesa siempre estuvo comandada, durante este difícil periodo del reinado de Alfonso VI, por un familiar de Rodrigo Díaz ([nota 19](#)).

Pero, si ésta es la reconstrucción del linaje materno cidiano, y la *Historia Roderici*, sabiamente interpretada por el maestro Menéndez-Pidal, nos ha servido como punto de partida en la recomposición genealógica, debemos suponer que, en el

caso de la estirpe paterna, es decir, de los ancestros de Diego Flaínez, esta fuente conserve el mismo grado de fiabilidad.

Del padre del conquistador de Valencia sabemos que, según la referida crónica, arrebató a los navarros el castillo de Ubierna, y las plazas de Urbel y La Piedra, y que a su muerte le sucedió su hijo, educado junto al heredero de Fernando I, cuya primera acción bélica tuvo lugar en la batalla de Graus (1064) ([nota 20](#)).

La única mención documentada en la que nos consta la existencia de Diego Flaínez procede, como ya indicamos en las páginas precedentes, de 1047 y le sitúa junto a sus parientes Álvarez.

Para justificar esta ausencia cortesana Don Ramón señaló su antiguo y venerable linaje pero su escasa relevancia en ese momento, motivos que le llevarían a optar por una vida retirada o alejada del círculo de la primera aristocracia del reino, opinión compartida por Fletcher y Martínez Díez ([nota 21](#)).

Apenas si algunos datos más conservamos de este caballero de frontera que debió gozar de la confianza de Fernando I pues en sus manos quedó encomendada la conquista y defensa posterior de las tierras antes referidas, fortalezas y

El linaje del Cid

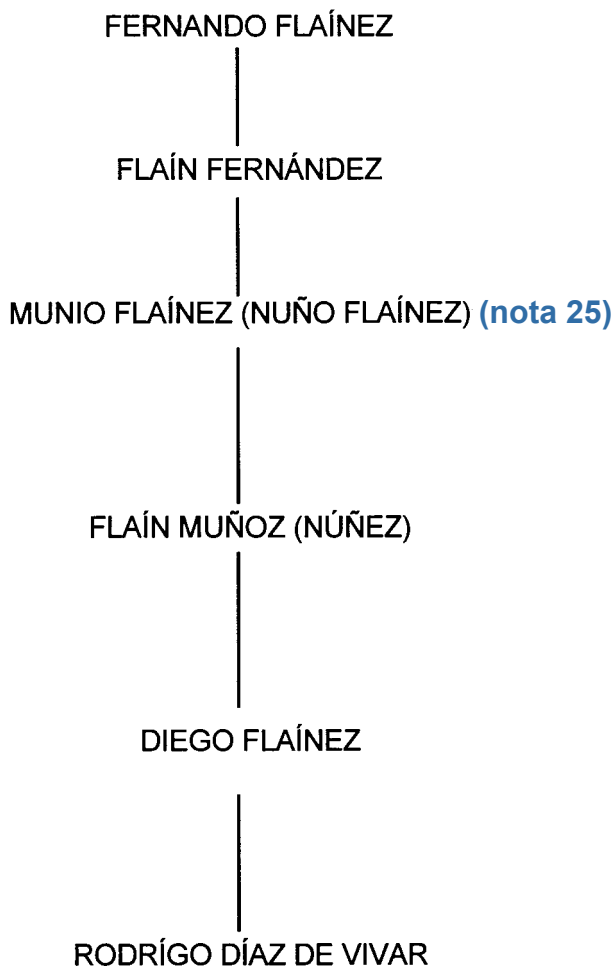
territorios arrebatados a Navarra durante los enfrentamientos entre este estado cristiano y León-Castilla ([nota 22](#)).

Menéndez-Pidal sitúa su muerte hacia 1058 ([nota 23](#)), fecha hasta el presente no discutida por sus continuadores en la investigación cidiana.

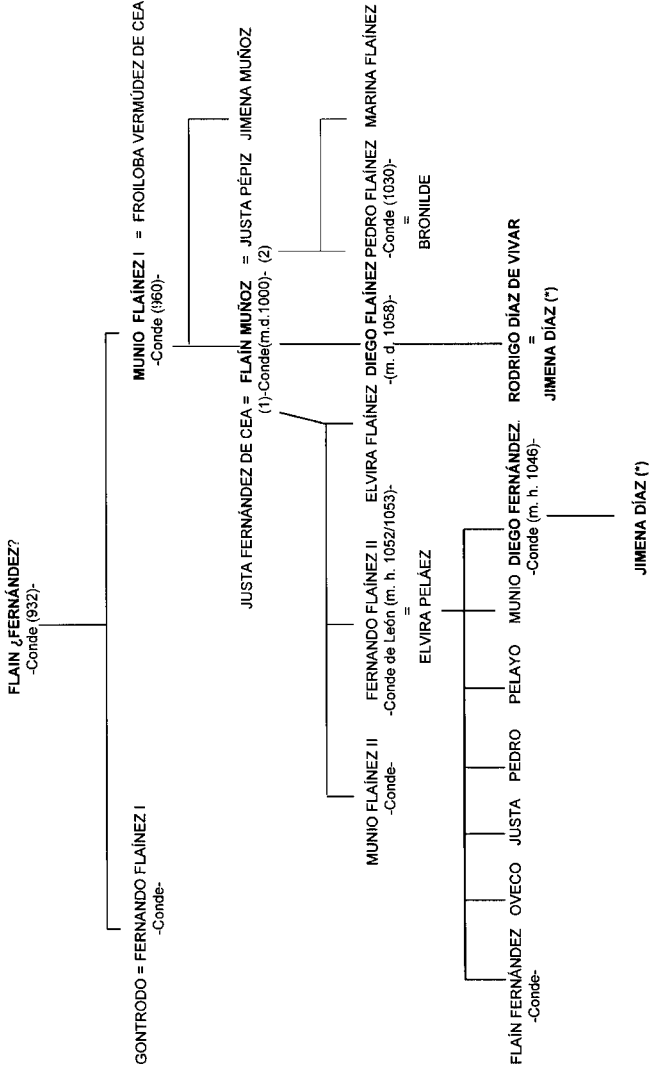
Resulta un tanto sorprendente, si nos atenemos a la costumbre del siglo XI, que un caballero en teoría infanzón, es decir, del más bajo estamento nobiliario, despose con la hija de un magnate salvo si aquél disfruta del favor real, es en cierta medida su favorito o pertenece al grupo de los más íntimos del soberano. La ausencia del padre de Don Rodrigo de los diplomas de Fernando I resta valor a esta explicación por lo que debemos inclinarnos a considerar que, aplicando los usos matrimoniales del momento, el origen social del desposado no debía ser menor que el de su mujer, máxime si tenemos en cuenta que solía ser el propio príncipe el que arreglara estos matrimonios entre iguales ([nota 24](#)).

La tantas veces mencionada *Historia Roderici* nos ofrece la reconstrucción del esquema genealógico de Don Rodrigo de Vivar. En ella se nos indica que su abuelo paterno se llamaba Flaín Núñez, un caballero cuya memoria es así mismo escasa, si nos centramos única y exclusivamente en el reducido sector de la frontera castellana donde actúa Diego Flaínez. Mas,

Esquema genealógico II:
antepasados del Cid según la *Historia Roderici*



Esquema genealógico III:
los Flaínez (ss. X-XI)



si por el contrario, suponemos un origen no infanzón sino, al menos, de la nobleza cortesana, y ampliamos nuestras miras al territorio del reino, encontraremos que las furtivas menciones de este Flaín, abuelo del héroe burgalés, aparecen ampliadas en los diplomas regiois e igualmente acontece en los casos de su padre, su abuelo y bisabuelo, debido a que nos encontraremos ante una familia de la más alta nobleza cuya sucesión generacional coincide con una pasmosa exactitud con la genealogía ofertada en la crónica aludida, tal y como podemos comprobar en los siguientes esquemas.

Si comparamos esta reconstrucción con la genealogía del linaje Flaínez leonés y situamos en él a Diego Flaínez en función de su patronímico nos hallamos ante esta asombrosa coincidencia: generación tras generación los ancestros del conquistador de Valencia coinciden con los miembros documentados de esta familia.

Debemos detenernos, llegado a este punto, en las principales casas nobiliarias del XI, a las que hicimos rápida alusión en las páginas precedentes. Comencemos por la rama principal de los Flaínez, probablemente la más cercana al Campeador, quienes ocupan su propio lugar en la épica hispana puesto que saltaron a la leyenda debido a la muerte del conde García Sánchez de Castilla en León ya que, según los poe-

El linaje del Cid

mas, un magnate llamado Fernando Flaínez tomó parte en la intriga que culminó con el asesinato del joven **(nota 26)**.

Si esta es la visión legendaria que poseemos de este personaje coetáneo al padre del Cid, la histórica no es menos destacada: los diplomas nos informan que, desde 1035, Vermudo III le concedió la tenencia de la capital del reino y que, muerto el monarca, se convirtió en garante de la estabilidad pactando con el vencedor de Tamarón la entrega de la ciudad a cambio de mantener posición y privilegios **(nota 27)**.

Sus lazos de parentesco, que le unían con la dinastía ahora en el trono **(nota 28)**, le permitieron conservar influencias, patrimonio y poder. Las relaciones familiares con algunas de las principales familias del momento garantizarán la continuidad de este linaje cuando, pocos años más tarde, se rebelen algunos de sus miembros contra el monarca, como veremos.

Fernando Flaínez tuvo, con seguridad, los siguientes descendientes: Flaín, Oveco, Pedro, Pelayo, Munio, Diego y Justa **(nota 29)**. De ellos debemos destacar a Flaín, conde de Astorga, *dux* como su progenitor, quien, entre 1061-1065, osó encabezar una rebelión contra Fernando I que le costó la incartación de sus bienes pues, como recordará más tarde Alfonso VI, «...*semper tiranus extitit cum multis argumentis malis...*» **(nota 30)**.

De nuevo nos encontramos con otro argumento a favor de la pertenencia de Diego Flaínez, progenitor de Rodrigo Díaz, a esta estirpe ya que tal y como intuyó el maestro Menéndez-Pidal, Diego fallece hacia 1058 o poco tiempo después, una fecha que, tal vez, debemos retrasar hasta el quinquenio 1060-1065 y que encajaría a la perfección con el devenir de los acontecimientos a los que estamos haciendo alusión: el enfrentamiento de la casa con el trono.

En esta revuelta, cuyas causas nos son desconocidas, tomaron parte la mayoría de los magnates pertenecientes a esta familia leonesa y un buen número de ellos se vieron forzados a abandonar temporalmente la corte buscando, en la seguridad de las montañas o en la misma frontera, un refugio seguro ([nota 31](#)).

Esta huida se materializa en una pérdida momentánea de poder que tan sólo recuperarán algunos de ellos, los principales, y no así los miembros menores de la estirpe que sufren una auténtica *damnatio memoriae*.

La frontera castellana, donde actuaban algunos caballeros segundones de este linaje y otros, se convertirá definitivamente, perdidos los bienes patrimoniales leoneses, en sus solar. Mientras, otros miembros de la Casa, desaparecidos de la documentación hacia 1046, dejan vástagos demasiado

El linaje del Cid

pequeños como para tomar parte en esta revuelta lo que no impedirá que, igualmente, se asienten en los territorios gobernados por sus progenitores (**nota 32**).

Si esta es la pauta de comportamiento de la línea más poderosa de esta estirpe, por lo que se refiere al segundo de los principales linajes del momento, los Beni Gómez, será su alianza lo que permita un respiro, extremadamente necesario, a los Flaínez. No en vano Justa Fernández, hermana del rebelde, es esposa de Ansur Díaz de Carrión (**nota 33**). Algunos años más tarde, en verdad no demasiados, volveremos a encontrarnos en los diplomas reales a los descendientes de esta Casa leonesa.

Durante el marco cronológico al que estamos aludiendo, muerto Diego Fernández de Saldaña, los tres hijos de este conde Beni Gómez: Ansur, Fernando y Gómez se disputan la sucesión a los poderosos estados controlados por la estirpe: Liébana, San Román de Entrepeñas, Saldaña, Carrión, Dueñas, Cabezón, gobernados, temporalmente, por el tercer gran linaje de Campos: los Alfonso, en concreto los condes Munio y Gutierre Alfonso (**nota 34**).

Los hermanos Díaz, tras un breve periodo de servicio a Vermudo III, se acercaron al bando navarro-castellano de Fernando I y, así, de Fernando Díaz sabemos que acompa-

ñó al monarca cuando «...*in Legione introibi et ordinacione acepi; cum cuncti uiri Castelli / et Legionensis hic fuerunt in uno...*» (nota 35), del conde Ansur Díaz —esposo de Justa Fernández, dama Flaínez— que, desde 1042 a 1047, asistió al soberano «...*cum seruitio recto et fidelissimo...*» (nota 36), mientras que de Gómez Díaz, conde de Carrión, la documentación leonesa, palentina y lebaniega da frecuentes pruebas de su prestigio e influencia, basadas, en parte, en su matrimonio con una dama descendiente de los reyes de León: Teresa Peláez, nieta de la infanta Cristina Vermúdez (nota 37).

Finalmente debemos completar este rápido panorama nobiliario de la primera mitad del s. XI aludiendo al último de los linajes mencionados al comienzo de nuestra exposición y al que pertenecen el conde García de Nájera y Alvar Díaz de Oca, de nuevo dos personajes presentes en la épica cidiana. Nos referimos a los Ordóñez de Asturias, estirpe a la que pertenece así mismo la esposa de Gómez Díaz de Carrión, cabeza de los Beni Gómez en este momento.

Cercanos al trono por sangre, no en vano descienden de Vermudo II, ocupan algunos de los principales cargos palatinos, como el de *armiger regis*, durante buena parte de los reinados de Fernando I y Alfonso VI, además de encontrarse

El linaje del Cid

al frente de importantes mandaciones en Asturias o en la frontera castellana como es el caso de Ordoño Ordóñez.

Ordoño, segundo de los hijos varones de la infanta Cristina, recibió el oficio de alférez real entre 1042-1043 (**nota 38**) Su primo el rey Fernando le encomendó el gobierno de Palenzuela (Castilla) y allí, en el limes castellano, fijará su nueva residencia (**nota 39**), donde quedarán vinculados sus vástagos, especialmente el conde García Ordóñez, Rodrigo, alférez real, y María, esposa de Alvar Díaz de Oca, un importante magnate de la zona, cuñado del conde de Vizcaya y Álava (**nota 40**).

Entramos así en el reinado de Alfonso VI, bajo cuyo gobierno crecen los más jóvenes hijos de estas dinastías nobiliarias, entre ellos los ya mencionados García Ordóñez y su cuñado Alvar Díaz, Rodrigo Díaz, hijo de Diego Flaínez —menos beneficiado por la fortuna—, Pedro Ansúrez y sus hermanos, además de los vástagos de otro Flaínez: Diego Fernández, padre de Doña Jimena, pariente cercano del Campeador.

Tradicionalmente se ha considerado al caballero de Vivar como el prototipo de infanzón que, desde los escalones más bajos de la nobleza, es capaz de alcanzar, a través de su progenie, el trono.

En nuestra tesis doctoral creemos haber demostrado que no existen ejemplos significativos de caballeros *hechos a si mismos*, sino a menudo un desconocimiento de la genealogía de éstos ya que, después de recomponer estas estirpes menores, suele ser habitual que, sea a través del linaje paterno o del materno, éstas terminen por entroncar con una de las principales casas del viejo reino leonés (nota 41).

El Cid, hijo de Diego Flaínez, hacendado principalmente en la comarca burgalesa de Ubierna y Vivar, parece proceder de un simple caballero de frontera, de la misma manera que, en muchas ocasiones, se había considerado a García Ordóñez vástago de otro *miles* mas, como hemos argumentado en las páginas precedentes, la exactitud notable con la que se recogen las generaciones de los antepasados de Don Rodrigo sólo coincide con tal meticulosidad genealógica con la estirpe Flaínez.

Si el conde de Nájera pertenece a una línea real, emparentado con la más alta nobleza Beni Gómez, asturiana y los Álvarez asentados en la frontera castellana, Rodrigo Díaz, por su parte, es pariente de los mismos Álvarez que el magnate Ordóñez, desposa con una dama Flaínez, y es hijo de un caballero que probablemente porta la misma sangre que

El linaje del Cid

su *uxor* y cuyo *cursus honorum* le había señalado en varias campañas contra Navarra.

Una de las primeras ideas que recogimos, al principio de esta exposición, es el hecho, constatado a través de los diplomas, de cómo a finales del reinado de Vermudo III no pocos nobles leoneses militaban en el bando de Fernando I.

La posterior entronización de éste y la rebelión Flaínez, en los últimos años de gobierno del navarro, contribuyen a alejar de León definitivamente a miembros de esta stirpe. Unos, los más afortunados, terminan por recuperar el favor real, la mayoría segundona se asienta en otras comarcas.

Según la *Historia Roderici* (nota 42), el Cid era hijo de Diego Flaínez, éste de Flaín Muñoz, Flaín Muñoz de Munio Flaínez, Munio de Flaín Fernández (nota 43).

Don Ramón Menéndez-Pidal trató de buscar, en el reducido sector de frontera en el que, supuestamente, actuara el padre de Don Rodrigo, a sus ancestros. Sin embargo es una constante en la nobleza la movilidad, especialmente entre los segundones de las principales casas.

Nos parece oportuno llamar la atención sobre esta sucesión genealógica precisa que oferta la *Historia Roderici* y que, sorprendentemente, coincide, generación tras generación,

con la estirpe Flaínez leonesa. No sólo los nombres del linaje cidiano son nombres de familia Flaínez (**nota 44**), y no de ninguna otra línea menor, menos aún de frontera, sino que, además, responden a la reconstrucción familiar exacta de la misma, hecho que no podría darse cuando tal linaje había desaparecido del panorama nobiliario para diluirse en los Osorio-Villalobos, es decir, cuando recordar una ascendencia Flaínez no significaba nada absolutamente salvo para quien fuera conocedor de la trascendental importancia de la misma y del papel que jugó entre los ss. X-XI, o quien descendiera, evidentemente, de ella.

La exactitud de generaciones y nombres en un manuscrito no excesivamente alejado en el tiempo de la vida del de Vivar nos induce a considerar que, en efecto, la fuente cronística referida está reflejando con suma minuciosidad el entronque magnatício de los ancestros de Don Rodrigo que, así, ciertamente podemos calificar como *nobiliori de genere ortus*.

De la misma manera su enlace con Doña Jimena, también miembro de la estirpe Flaínez, debe ser analizado dentro de las prácticas habituales entre la primera nobleza del reino puesto que, entre esta misma casa, atestiguamos numerosos desposorios entre parientes en grado cercano.

El linaje del Cid

Por si fuera poco la homonimia contribuye aún más a ratificar nuestra hipótesis de trabajo. Comparemos, por tanto, las dos reconstrucciones familiares: la que procede de la *Historia Roderici* y la documentada del linaje Flaínez en la que hemos colocado en negrita tanto al Campeador como a su padre y ancestros coincidentes con la fuente cronística para facilitar el seguimiento (véasen los árboles genealógicos II y III). Igualmente hemos resaltado la ubicación en la misma estructura de linaje del conde Diego progenitor de Doña Jimena, esposa del héroe.

Como se aprecia los nombres Diego, Flaín y Munio pertenecen a la estirpe documentada. De hecho los dos últimos se documentan desde el comienzo de la dinastía nobiliaria mientras que Diego fue una aportación realizada en tiempos de Flaín Muñoz (m. d. 1000) puesto que se encuentra en uso durante los años vitales de su hijo Fernando Flaínez (**nota 45**). Consideramos que tal nombre sólo pudo llegar a la casa a través de Justa Fernández, hija de Fernando Vermúdez de Cea y de Elvira Díaz de Saldaña, esposa de Flaín Muñoz, por lo que, probablemente, el padre del Cid fuera hijo de esta dama o su antenado, aunque no por ello hemos de desechar otra maternidad, incluso un origen ilegítimo (**nota 46**).

A esta inusual *memoria parentorum* del de Vivar es necesario añadir su exactitud: Flaín Muñoz, abuelo del héroe, existe no ya en Castilla, entendida como condado, donde no coinciden con tal apabullante exactitud fechas ni ascendencia, por más que Don Ramón tratara de buscarlas, sino en la corte de León donde encontramos a tal magnate calificado como conde y podemos rastrear su trayectoria vital con suma facilidad.

El padre de éste, Munio Flaínez, alcanzó la misma dignidad y su abuelo Flaín es considerado por Ramiro II como su más fiel aliado además de amigo, precisamente durante una rebelión Beni Gómez ([nota 47](#)).

Llegados a este punto en el que observamos cómo coinciden nombres, fechas y sucesión genealógica, es necesario encuadrar a Diego Flaínez. Ya hemos advertido que tal nombre se introduce en tiempos del conde Flaín Muñoz (m. d. 1000) y que éste tuvo, al menos, cinco hijos. Desposó en dos ocasiones y, tal vez, a la lista reconocida de sus vástagos sea necesario añadir algún otro nombre, ya de hijo legítimo, ya de hijo natural, pues no resultaba infrecuente entre los principales magnates aportar algún descendiente espúreo que, salvo en casos de madre principal, pasan desapercibidos para los historiadores ([nota 48](#)). Sin embargo, al llevar el nombre de Diego, nos inclinamos a considerar, con las debidas reser-

El linaje del Cid

vas, la posibilidad de que el padre del de Vivar fuera hijo de Flaín Muñoz y de Justa Fernández de Cea, nieta del conde Beni Gómez Diego Muñoz (**nota 49**).

Detengámonos, pues, en el origen de esta posible estirpe cidiana.

Las referencias más antiguas a la misma nos sitúan al primer miembro de la Casa durante la guerra civil que, a comienzos de la década de los años treinta de la décima centuria, enfrentó a Ramiro II *el Grande* (931/932-951) con su hermano y predecesor en el trono hasta su abdicación Alfonso IV.

Después de ceder el solio a Ramiro, el otrora monarca Alfonso se recogió en el monasterio de Sahagún para allí pasar sus últimos días mas, aprovechando la ausencia del nuevo soberano, que se encontraba con sus tropas camino del Sistema Central, en un audaz golpe de mano se apodera de la capital contando con la ayuda de varios condes del linaje Beni Gómez y Ansúrez. Durante cierto tiempo, hasta que llegaron estas nuevas a oídos del rey, este partido gobernó a su antojo por el territorio leonés. Ramiro, entonces, envió a hacerles frente a su *favorito* el conde Flaín que perdió en este conflicto civil a parte de su familia, en concreto a su yerno y a su hermano (**nota 50**).

De este magnate fueron hijos Fernando Flaínez (**nota 51**) y Munio Flaínez en quien prosigue la línea que centra nuestro interés. La documentación nos permite ofrecer un panorama vital relativamente completo de este Munio cuyo *cursus honorum* comienza hacia el 943 aunque no encontraremos su presencia en los documentos, de forma constante, hasta el 947 cuando, junto a su esposa Floiloba Vermúdez de Cea, incrementa su patrimonio mediante compra en el *Valle de Lorenzo* (**nota 52**).

El matrimonio muestra un claro interés por las tierras de la montaña oriental leonesa, especialmente el valle del Porma y la cuenca alta del Esla, así como la vertiente asturiana lindante con este territorio: en esencia las mandaciones de *Noantica* y el valle de Caso, entre otras hasta la desaparición del conde hacia el 962 (**nota 53**).

Su hijo, Flaín Muñoz, alcanzará la dignidad condal al igual que su progenitor y aparecerá, de forma constante, en la documentación real. De sus dos esposas dejó abundante descendencia entre la que destacan Fernando Flaínez, conde, del que ya hemos ofrecido unas pinceladas biográficas, y Pedro Flaínez, así mismo conde. El cercano parentesco de estos personajes con la casa real navarra les permitirá conservar su posición social preeminente incluso después de

El linaje del Cid

la rebelión protagonizada por un hijo de Fernando Flaínez, llamado Flaín Fernández, a finales del reinado de Fernando I. Sufrió este magnate, y todos sus partidarios, la confiscación de su patrimonio, *quod lex gotica dicit in libro II (nota 54)*, que terminó en manos del monarca que no dudó en repartirlo entre sus propios vástagos (nota 55).

Tal vez debido a esta revuelta se deba el hecho de que los bienes de Don Rodrigo Díaz sean únicamente los que su padre consiguió en Castilla, donde había destacado en la defensa de su frontera, y los de su madre, dama de elevada prosapia, pues no deja de resultar sumamente extraño que la mayoría de los mismos le vinculen al linaje Álvarez, firmemente asentado en esos mismos territorios, y a las propiedades conseguidas después de las victorias de su progenitor frente a los navarros.

Perdida esa parte del patrimonio Flaínez en León, Asturias y Campos, fiel defensor de la frontetra, Diego Flaínez optaría por conservar la hacienda que en sus años de lucha había conseguido y preservar los bienes de su esposa desapareciendo de la primera escena política ocupada hasta entonces por su Casa, a la que pertenecía ya sea por línea recta o natural. Mientras, su hijo Rodrigo se educaba, como convenía a

su alto linaje, junto al heredero Don Sancho que le distinguió siempre con su favor.

Su distinguida genealogía le autorizaba para retar a cualquiera de los más nobles caballeros de Castilla, la mayoría, como hemos comprobado, sus parientes cercanos, o de León. Sin embargo sus escasos bienes de fortuna marcarán la vida del héroe llamado a conquistar Valencia.

En cualquier caso la coincidencia de nombres y generaciones, el hecho de huir de León los miembros menores de la estirpe de resultas de la rebelión del linaje en tiempos de Fernando I, el elevado matrimonio de Diego Flaínez con una dama Álvarez, la boda del Cid con Doña Jimena, una Flaínez así mismo, su educación en la corte junto al heredero del trono, así como los esponsales supuestos de las hijas de Don Rodrigo con magnates Beni Gómez y, posteriormente, las nupcias con miembros de la casa condal de Barcelona y de la estirpe real navarra, demuestran que en ningún momento nos encontramos con un pobre infanzón de frontera, de linaje oscuro, caballero mercenario sin apenas patrimonio, sino ante el descendiente de una estirpe condal leonesa aunque perteneciente a una rama segundona asentada en la frontera castellana como tantas otras casas nobiliarias.

El linaje del Cid

A lo largo de las páginas precedentes hemos podido constatar cómo la reconstrucción genealógica facilita notablemente la labor de situación histórica de personajes recuperados para la memoria por la leyenda.

Los casos de Rodrigo Díaz de Vivar y de algunos de los principales protagonistas del Cantar son muy significativos y clarificadores a este respecto. A menudo, además, la realidad histórica y el Poema coinciden en ciertos datos reveladores. Así, por ejemplo, de Doña Jimena sabemos que, en efecto, es hija del conde Diego y que pertenece a la estirpe Flaínez, una de las principales casas condales leonesas, emparentada con la dinastía navarra. Por su parte el Cid a quien, ante la evidencia genealógica, podemos suponer descendiente de la misma línea magnática si bien a través de una rama secundaria.

La *Historia Roderici* ciertamente nos permite completar las informaciones genealógicas que nos llevan a considerar al de Vivar un miembro más de un linaje condal sumamente relevante en la historia del Reino de León: los Flaínez, cuya memoria se retrotrae hasta la década de los años treinta de la décima centuria cuando, en el 932 según Ibn Hayyan, un conde llamado Flaín, cuñado del monarca, se enfrentó con los rebeldes que apoyaban la causa de Alfonso IV.

Su cercano parentesco con la dinastía reinante, así como sus enlaces con la casa de Cea, les permiten definirse territorialmente en las cuencas del Cea y Esla al mismo tiempo que en la montaña central y oriental leonesa.

Tomaran, o no, parte en la conspiración nobiliaria que terminó con la vida del joven García Sánchez de Castilla y de la que tan beneficiado salió Sancho III Garcés, lo cierto es que durante unos años el linaje sufrió un relativo alejamiento del círculo nobiliario más cercano al monarca, especialmente el por entonces jefe del clan, el magnate Fernando Flaínez, quien abandonó la capital centrándose en los territorios familiares de Monteagudo y Aguilar. Vuelto a la obediencia real tras este breve periodo, este conde, Fernando Flaínez, defenderá la causa de Vermudo III incluso negándose a entregar la capital al vencedor de Tamarón hasta julio de 1038.

La rebelión que protagoniza esta estirpe en tiempos de Fernando I supone una ruptura en la lógica evolución de la casa que llevará a una selección en ella fruto de la cual los miembros menos destacados de la misma deberán buscar refugio seguro en los territorios de frontera, quizás las tierras más adecuadas para recuperar —o perder definitivamente— el favor regio.

El linaje del Cid

Entre los que deciden afrontar esta arriesgada perspectiva se encuentra a nuestro entender el padre del Campeador: Diego Flaínez, un miembro segundón del linaje, hijo probablemente del conde Flaín Muñoz, que ya se había destacado en la defensa del limes castellano frente a Navarra.

En último extremo, por tanto, la reconstrucción genealógica de los ancestros del Cid nos permite afirmar, con las debidas y necesarias reservas, que nos encontramos con el descendiente de una rama menor de una de las más poderosas estirpes nobiliarias del momento: los Flaínez.

Alejado su padre de la corte, vinculado a la frontera, pero cercano al trono por sangre, emparentado con la aristocracia magnaticia aunque señalado su linaje por la reciente rebelión de finales del periodo de gobierno de Fernano I, quizás todos estos condicionantes familiares resulten clarificadores para interpretar ciertas motivaciones y actitudes de este personaje respecto a su propio entorno humano, nobiliario y real.

1. De las múltiples ediciones del cantar, hemos optado por seguir la versión ofrecida por A. Montaner y F. Rico (*Cantar de Mío Cid*, (2ª ed.), Barcelona, 1993, vs. 3113).

2. «...*Gómez Peláyet en pie se levantó:*

¿qué val, Minaya, toda essa razón?

ca en esta cort afartos ha pora vós,

e qui ál quisiesse, serié su ocasión.

Si Dios quisiere que d' ésta bien salgamos nos...»

(*Cantar de Mío Cid*, vs. 3457-3461).

3. En los últimos años, y gracias a la iniciativa investigadora del Dr. D. César Álvarez Álvarez, la historia del Reino de León, revisada, nos permite recomponer algunos de los principales acontecimientos acaecidos durante la turbulenta décima centuria. Bajo su dirección han visto la luz *Reyes de León*, León, 1996 y, en breve, a comienzos del 2000, aparecerá la historia medieval de León así mismo por él coordinada, trabajos a los que remitimos para una mayor perspectiva histórica sobre este periodo.

4. No es nuestra intención ofrecer una exhaustiva lista que recoja todos los trabajos que se han centrado en investigar los ancestros del caballero de Vivar sino acerca al lector interesado aquellos que, a nuestro juicio, resultan ser las aportaciones más interesantes.

Así, debemos destacar en primer lugar la notable aproximación genealógica del maestro Menéndez-Pidal que trató de recomponer su linaje partiendo quizás de una concepción demasiado idealizada del

El linaje del Cid

héroe y excesivamente centrada en Castilla, lo mismo que acontece en el más reciente estudio de G. Martínez Díez, por lo demás minucioso y sumamente riguroso en tantos otros aspectos, o en el libro (reedición revisada) de R. Fletcher sobre este personaje de la undécima centuria:

R. FLETCHER, *El Cid*, (2ª edición), Madrid, 1999.

G. MARTÍNEZ DÍEZ, *El Cid histórico*, Barcelona, 1999.

R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid*, 2 vols., (7ª edición), Madrid, 1969.

En cualquiera de estas referencias bibliográficas encontrará el investigador cidiano otras menciones a trabajos de menor relevancia en lo tocante, por supuesto, a la reconstrucción de la estirpe del héroe burgalés.

5. Sobre estas familias nobiliarias remitimos a nuestro trabajo *Linajes nobiliarios en León y Castilla (siglos IX-XIII)*, Salamanca, 1999.

6. Hemos utilizado para el presente estudio la séptima edición de esta obra, ejemplar en tantos aspectos, especialmente cuando valoramos, desde nuestra cómoda perspectiva científica finisecular, los problemas y dificultades con los que tuvieron que enfrentarse los maestros que nos precedieron (R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid*, 2 vols., (7ª edición), Madrid, 1969).

7. E. FALQUE, Traducción de la «Historia Roderici», en *Boletín de la Institución Fernán González*, núm. 201 (1983), pp. 339-375, p. 343 (en adelante cuando hagamos alusión a esta fuente nos referiremos a ella como *HR*) y R. MENÉNDEZ-PIDAL *La España del Cid*, I, p. 124 y II, pp. 680-682.

8. El texto de esta crónica se ha conservado hasta nuestros días a través de tres códices. El más antiguo, hoy en la Real Academia de la Historia (sign. A-189), apareció en la Biblioteca de San Isidoro de León donde la descubrió Risco que la incorporó, como apéndice, a su obra *La Castilla y el más famoso castellano. Discurso sobre el sitio, nombre, extensión, gobierno y condado de la antigua Castilla. Historia del célebre castellano Rodrigo Díaz llamado vulgarmente el Cid Campeador*, Madrid, 1792.

El segundo manuscrito, en poder de la Real Academia de la Historia al igual que su antecesor y la tercera de las copias conservadas (sign. G-1), datado a finales del XV, permite completar algunos aspectos del anterior.

Finalmente, el último de los tres resulta ser una copia bastante exacta del primero.

Tras la edición de Risco vieron la luz otras: en 1857 la publicada por M. Malo de Molina, en 1861 la de A. Cavanilles, en 1909 la de Foulché-Desbosc, en 1911 la de A. Bonilla, y, en 1929, por primera vez en el Cartulario Cidiano que incorpora R. Menéndez-Pidal en su edición original de *La España del Cid* (E. FALQUE, Traducción de la «Historia Roderici», pp. 339-342).

9. R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid, I*, pp. 123-124.

10. R. FLETCHER, p. 48; R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid, II*, p. 680.

En este negocio jurídico, conservado en la colección diplomática del monasterio beneficiado por los autores del mismo, aparecen como confirmantes: Fortún Álvarez y sus hermanos Diego y Gonzalo, a

El linaje del Cid

continuación de los mismos «*Didaco Flaginiz*», Diego Ansúrez y Laín Nuñez (L. SERRANO, *Fuentes para la Historia de Castilla por los PP. Benedictinos de Silos, t. III. Becerro Gótico de Cardeña*, Madrid, 1910, doc. CLXXI (en adelante BC).

11. R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid, II*, p. 683.

12. Además de consultar las fuentes coetáneas nos hemos servido esencialmente de los documentos originales recopilados en la colección diplomática de Fernando I editada por P. Blanco para contextualizar a estos personajes de la nobleza de frontera en la corte del monarca de León y Castilla (P. BLANCO, Colección diplomática de Fernando I (1037-1065), en *Archivos Leoneses*, 79-80 (1986), pp. 7-212, doc. 8 (en adelante nos referiremos a esta obra como P. BLANCO, Fernando I)).

13. P. BLANCO, Fernando I, doc. 11.

14. P. BLANCO, Fernando I, docs. 13, 22, 23, 32, 49, 62, 63.

15. M. TORRE SEVILLA-QUIÑONES DE LEÓN, *Linajes nobiliarios*, pp. 97-1107, 394-397; A. SÁNCHEZ DE MORA, Aproximación al estudio de la nobleza castellana: los llamados Salvadores-Manzanedo y sus relaciones con el linaje de Lara (ss. XI-XIII), en *Medievalismo*, 8 (1998), pp. 35-64.

16. La paternidad de Álvaro Muñoz y Munia ha sido demostrada por A. Sánchez de Mora (vid. Nota ut supra).

17. Nos referimos a Jimena Díaz, la esposa del Campeador. Sobre este primer matrimonio del conde asturiano, previo a su enlace con Enderquina Muñiz véase M. TORRE, *linajes nobiliarios*, p. 194.

18. Así se intitula en su testamento otorgado en 1082 (J. DEL ÁLAMO, *Colección diplomática de San Salvador de Oña (822-1284)*, I, Madrid, 1950, doc. 77 (en adelante Oña)).

En 1084 su hija, la condesa Goto González concede a su vez ciertos bienes al monasterio de San Salvador (Oña, doc. 82). En este diploma se da noticia cierta del fallecimiento de su progenitor. Respecto a su matrimonio con Fernando Díaz, cuñado del Cid, vid nota ut supra y el documento 88 de la colección de Oña.

19. M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 445-446.

20. A. DURÁN GUDIOL, *Ramiro I de Aragón*, Zaragoza, 1978, pp. 71-74.

21. R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid*, I, pp. 123-124; R. FLETCHER, *El Cid*, pp. 48-49; G. MARTÍNEZ DÍEZ, *El Cid histórico*, pp. 46-49.

22. Tal vez cause cierta sorpresa nuestra inclinación a utilizar la fórmula León-Castilla o León y Castilla. Queremos dejar constancia que se debe al respeto que sentimos hacia la intitulación habitual en tiempos de Fernando I que, tal y como podemos constatar a través de los diplomas reales concedidos por este monarca, opta habitualmente por esta forma. Sirvan como ejemplos, siempre en documentación original, los siguientes casos:

El linaje del Cid

- 1038: regnante rex Fredinando in Legione et in Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 8)
- 1039: regnantes nos iam dictos Fredinando rex cum uxor mea Sancia regina in Legione et in Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 9).
- 1042: domno Fredinando rege in Legione et Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 16).
- 1046: regnante serenissimo principe Fredinando in Legione et in Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 32).
- 1050: domno Fredinandus rex in Legione uel Castella seu Gallecia (P. BLANCO, Fernando I, doc. 41).
- 1056: domno Ferdinando, principi in Legione et in Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 49).
- 1059: domino Fredinando, principe in Legione et in Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 52).
- 1062: Fredinandus rex cum Sancia propria coniuge qui sedem Legionis cum Castelle et Gallecia regimus (P. BLANCO, Fernando I, doc. 62).
- 1063: domno Fredinando principi in Legione et Castella (P. BLANCO, Fernando I, doc. 63).

23. R. MENÉNDEZ-PIDAL, *La España del Cid*, I, p. 127.

24. Un ejemplo representativo de lo expuesto lo hallamos en la documentación de Fernando I cuando, según nos indica el diploma, Alfonso V ordenó, siguiendo la costumbre, al conde Fernando Peláez que se uniera en matrimonio con la hija del conde Munio, oferta que el magnate rechazó, escapándose a sus tierras con su amada Elvira Sánchez, hija del conde Sancho Gómez de Saldaña, prima del monar-

ca. El castigo, ejemplar, consistió en la confiscación de su patrimonio (J. DE SALAZAR Y ACHA, *El conde Fernando Peláez, un rebelde leonés del siglo X*, en *A.E.M.*, 19 (1989), pp. 87-97).

25. En el momento en que se redacta la *Historia Roderici* existe cierta confusión a la hora de registrar los nombres de Munio y Nuño tal y como podemos comprobar incluso en los diplomas reales y entre miembros de una misma familia: «...Monio Adefonso...domno Nunio Albariz, alio Munio Albariz...Nuno Gunsisaluz...Monio Haniz...» (P. BLANCO, Fernando I, doc. 31). Como se puede comprobar, y partiendo de la base de la existencia documentada de dos caballeros llamados Nuño Álvarez coetáneos, el diploma de Fernando I nos ofrece dos formas diferentes: Nuño y Munio pese a que ambos poseen idéntico nombre y patronímico. A lo largo del siglo X las formas onomásticas Munio y Nuño, de orígenes distintos, aparecían claramente diferenciadas, sin embargo, a lo largo del XI y buena parte del XII, existe una notable confusión por parte de algunos copistas y escribas. Otro ejemplo excelente lo encontramos en el teniente de Lara Gonzalo Núñez a quien se inscribe en algunos diplomas castellanos como Muñoz.

26. R. MENÉNDEZ-PIDAL, *El infante García y Sancho Antiemperador*, en *Historia y epopeya*, II, Madrid, 1934.

27. Hasta finales de junio de 1038 mantuvo Fernando Flaínez su oposición a Fernando I tal y como se constata en los diplomas leoneses (J. M. RUIZ ASENCIO: *Colección documental del archivo de la Catedral de León (775-1230)*, IV (1032-1109), León, 1989, docs. 960, 961, 965, 966 (en adelante citada como CCL).

El linaje del Cid

Entregada la ciudad, el conde aparece en los documentos con el título de *dux* (CCL, doc. 970).

28. Su madre, Justa Fernández de Cea, era hermana de Jimena, madre de Fernando I y su propia esposa Elvira Peláez, prima del magnate, había nacido de la unión entre el conde Pelayo Rodríguez, rebelde a Vermudo II, y Gotina Fernández de Cea, hermana de las anteriormente citadas (M. TORRE, *El Reino de León en el siglo X: el condado de Cea*, León, 1998, pp. 130-132).

29. Para más información sobre este magnate y su descendencia remitimos a: M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 138-153.

30. V. VIGNAU, *Cartulario de Eslonza*, Madrid, 1885, doc. V.

31. Tal es el caso del propio Flaín o su primo el conde Fáfila Pérez que terminó por encontrar la muerte antes de 1067, o su tío el conde Pedro Flaínez (M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 144-145, 153-156).

32. Así ocurre con el padre de Doña Jimena de cuya stirpe nos hemos ocupado en nuestro estudio ya citado sobre los linaje nobiliarios (M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 192-207, especialmente pp. 192-200).

33. M. TORRE, La familia de Diego Ansúrez, conde de Astorga, en *Homenaje a D. Augusto Quintana*. *ASTORICA* 16 (1997), pp. 195-204.

34. Sobre las figuras de estos dos magnates y la relación estrecha de los Alfonso con los Beni Gómez remitimos al trabajo de P. MARTÍNEZ SOPENA, Parentesco y poder en León durante el siglo XI. La *casata*

de Alfonso Díaz, *Studia Historica, Historia Medieval*, V (1987), pp. 33-87.

35. P. BLANCO, Fernando I, doc. 8.

36. CCL, doc. 1047.

37. M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 163-164.

38. M. HERRERO DE LA FUENTE, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (857-1230), t. II (1000-1073)*, León, 1988, doc. 475 (en adelante nos referiremos a esta colección como CDS) y CCL, doc. 1007.

39. A. SÁNCHEZ CANDEIRA, La reina Velasquita de León y su descendencia, *HISPANIA*, X (1950), pp. 449-505, p. 490.

40. M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 161-162 y 165-170.

41. Como es bien sabido el condado de Castilla formaba parte dependiente del Reino de León, a igual que los territorios de Saldaña, Carrión, Monzón, Coimbra o Astorga. Hasta el matrimonio de Fernando de Navarra con la infanta Sancha de León nunca alcanzó la consideración de reino. Por ello, y dado que durante tres generaciones consta de manera preeminente la intitulación regia leonesa, preferimos aludir a la frontera castellana, el territorio castellano pero, generalizando, al reino de León (hasta 1037/8) y a los reinos de León y Castilla hasta la muerte de Alfonso VI.

42. R. MENÉNDEZ PIDAL, *La España del Cid*, II, p. 921.

43. No incluimos la última generación ya que, en primer lugar, no existe ningún magnate llamado Flaín Calvo y, además, es un intento claro

El linaje del Cid

de remontar la estirpe cidiana hasta los legendarios —y falsos— tiempos de los jueces de Castilla.

44. Constante en la historia nobiliaria alto y plenomedieval es la continuidad, generación tras generación, de los llamados nombres de familia o de estirpe que contribuyen a identificar al individuo en el seno de un linaje pues, al fin, el nombre es un elemento más de la herencia del noble y, sean cuales fueren sus medios de fortuna, a través de los usos onomásticos el caballero muestra al exterior la solidez y antigüedad de la Casa que le avala y a la que pertenece.

Resaltan la importancia del nombre como elemento de la herencia nobiliaria, entre otros, R. HENNEBICQUE: *Structures familiales*, pp. 292-294 y, en España, P. MARTÍNEZ SOPENA: *La antroponimia leonesa. Un estudio del Archivo Catedral de León (876-1200)*, *Antroponimia y sociedad. Sistemas de identificación hispano-cristianos en los siglos IX a XIII*, Santiago de Compostela-Valladolid, 1995, pp. 155-180, p. 172, p. 403, n. 12.

45. Pues uno de sus hijos porta tal nombre y dado que entre los ascendientes de Elvira Peláez, esposa de Fernando Flaínez, no se halla ningún Diego (es hija del conde Pelayo Rodríguez y de Gotina Fernández de Cea), debemos deducir que tal nombre se incorporó en la generación anterior, es decir, en la coetánea al padre del Cid.

Acerca de Elvira Peláez remitimos a: M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, p. 224.

46. M. TORRE *Linajes nobiliarios*, pp. 215-218.

47. «...*la rebelión de los condes, Banu Gómez y Ansúrez contra su rey, el tirano Ramiro hijo de Ordoño, en apoyo de su hermano Alfonso...El*

bárbaro Ramiro había sacado contra ellos a su amigo y comandante de sus fuerzas, el conde Flayn, con un gran ejército, con el que se le enfrentó a los condes, quienes le inflingieron tremenda derrota, má-tándole 300 hombres, entre ellos su hermano mediano y su yerno...» (IBN HAYYAN: *Crónica del califa 'Abdarrahman III an-Nasir entre los años 912 y 942 (Al-Muqtabis V)*, trad. M^a T. VIGUERA y F. CORRIEN- TES, Zaragoza, 1981, p. 244).

48. Tal es el caso del conde Munio Alfonso, de quien sabemos que tuvo varios hijos ilegítimos, conocidos por la documentación. No todos tuvieron tanta fortuna y, así, muchos nos son desconocidos.

Sobre Pelayo Muñiz vease: P. MARTÍNEZ SOPENA, *La casata de Alfonso Díaz*, pp. 75-76.

49. M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 66-70.

50. Conocemos con detalle este proceso gracias a la inestimable crónica de Ibn Hayyan que reconstruye todo el enfrentamiento (IBN HAYYAN, *Crónica del Califa Abdarrahman III an-Nasir*, p. 244).

51. Alcanzó la dignidad condal y, de su matrimonio con Guntrodo, nacieron al menos tres hijas llamadas Aroza, Eldoara y Auria (P. MARTÍ- NEZ SOPENA, *La Tierra de Campos occidental. Poblamiento, poder y comunidad del siglo X al XIII*, Valladolid, 1985, pp. 341-342).

52. F. CADENAS ALLENDE, Los Flagínez: una familia leonesa de hace mil años, en *Estudios genealógicos, heráldicos y nobiliarios en honor de Vicente Cadenas y Vicent, I*, Madrid, 1978, pp. 177-221, p. 178; CDS, doc. 107 y A.H.D.L., Fondo Otero de las Dueñas, doc. 3.

El linaje del Cid

53. CDS, docs. 184, 189, 191, 193, 198, 201, 213, 205; AHDL, Fondo Otero de las Dueñas, docs. 8 y 9; F. CADENAS, Los Flagínez, p. 179.

54. Durante la rebelión del conde Fernando Peláez este sufrió idéntica pena, pues, tal y como nos informa un diploma datado en 1059: «...*lex gotica dicit in libro II, titulo primo, sententia VI^a: De illos qui contra principem aut patriam insolentes existunt. Et sicut in hac sententia dicit de talibus fraudulentis hominibus, faciendi rex de eorum facultates quidquid uoluerit uel dare ex inde quidquid elegerit in sue potestatis consistat arbitrium...*» (P. BLANCO, Fernando I, doc. 53).

55. M. TORRE, *Linajes nobiliarios*, pp. 136-145.